

La palabra en el tiempo

*Ni mármol duro ni eterno,
ni música ni pintura
sino palabra en el tiempo”
(Antonio Machado, Nuevas canciones, 1917-1930)*

Así define Antonio Machado a la poesía en uno de sus últimos poemarios. Su concepción de la “palabra en el tiempo” tiene variadas implicancias: en primer lugar, la aceptación y expresión insoslayable (desde lo formal o desde el contenido) de la ineludible realidad temporal del hombre, más allá de sus aspiraciones a la eternidad; en segundo lugar, plantea la relación entre la poesía y la práctica vital del sujeto, que debe buscar en su propia vida, en sus experiencias concretas, históricas la materia prima para sus poemas, de modo que toda obra dé cuenta de la situación puntual en la que tuvo origen, exponiendo el diálogo entre el poeta y ese momento histórico que le tocó vivir.

Sin embargo, Machado plantea una contradicción: porque intuye en el hombre su afán de eternidad, que lo impulsa a proyectarse más allá de su vida, a pesar de lidiar con su condición temporal. El arte, la poesía en particular, se sitúa entonces en ese punto agónico en el que la tensión entre temporalidad y eternidad permanece irresuelta, si bien tiene una salida posible: el hecho de que la escritura permanece allí, sobreviviendo a su autor, más allá de la duración temporal de su vida. Esta noción ya la expresaba Horacio (escritor latino), en su *Epístola a los Pisones*: la posibilidad de trascender, de permanecer en el mundo a través de la propia obra; o también Manrique en las “Coplas por la muerte de su padre”, al hablar de una tercera vida (además de la terrenal y la celestial), la vida de la fama.

Por otro lado, la relación con “lo otro”, con “los otros” que complementan de algún modo la constitución de cada persona es otro de los elementos fundamentales de esta palabra machadiana. Palabra que pertenece al lenguaje común utilizado en la comunicación entre los hombres en los distintos ámbitos de su vida y que, por lo tanto, no puede ser tomada como una palabra pura, incontaminada que el poeta acuña como si fuera por primera vez. Las palabras, para Machado, son un bien social. Las aprendemos de los otros con todas las significaciones que les han sido dadas a lo largo de la historia, significaciones de lo humano que abren la realidad del sujeto individual a la realidad de los otros, del prójimo, de todas las épocas. Por eso también afirma en otra copla: “*No es el yo fundamental/ eso que busca el poeta/ sino el tú esencial*” (XXXVI).

¿En qué pueden iluminar estas reflexiones machadianas sobre la palabra poética la escritura académica que practicamos en una revista como la nuestra?

En primer lugar, estos conceptos nos permiten pensar también en el modo en que nuestra escritura exhibe un enclave histórico-cultural que la define tanto en el contenido como en la forma. Esto no quiere decir para nosotros que las verdades fundamentales varíen a lo largo del tiempo, sino que varía el modo de expresarlas, el enfoque desde el

cual las presentamos y también los focos de atención de acuerdo a las exigencias de cada momento.

Por otro lado, nuestra aspiración a la eternidad, como cristianos, se ve justificada por el anhelo, inherente al alma, de volver al Creador, a Dios, para quien fuimos creados. Sin embargo, la ilusión que a veces tenemos de dejar algo al mundo, de que nuestra vida no pase desapercibida, sino que imprima una huella durable forma parte de esta doble cara de la condición humana: la temporalidad y la eternidad. Así nuestra condición temporal, de la que nos pone en alerta, entre otras cosas, la seguridad de nuestra muerte, insiste en impulsarnos a buscar formas de trascender también en este mundo: la escritura puede ser una de ellas, y por qué no, en este caso, la escritura académica, principalmente en el desarrollo de los temas desde una perspectiva humanista cristiana, que busca revalorizar, en un mundo de verdades líquidas y blandas, los fundamentos de la persona humana, su dignidad como criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios, el valor de la vida, la validez universal e intemporal del mensaje de Cristo, entre otras cuestiones.

Por otra parte, la escritura académica, al igual que la escritura literaria, utiliza las palabras del lenguaje cotidiano, las palabras que cada uno de nosotros ha aprendido en el seno de la familia, de un país, de una cultura, que nos llegan cargadas de múltiples significaciones de las que hacemos uso, sin casi percibir que es un tesoro compartido por todos los que vivimos en un mismo tiempo y en un mismo lugar, pero heredado también de nuestra historia, de nuestras tradiciones. Esta noción abre nuestra escritura a la dimensión social, no sólo porque esté dirigida a un público determinado, o porque se inserte en un espacio público para expresar ciertas ideas, sino desde la misma constitución del texto por el uso de un determinado lenguaje.

Muchas veces, estas cuestiones nos pasan desapercibidas. Utilizamos la escritura como un medio para expresar contenidos, sin reparar en el hecho de que el mismo acto de escribir es un gesto altamente significativo, que nos permite descubrir y reflexionar acerca de nuestra propia realidad personal, nuestra relación con los otros y con el mundo, enriqueciendo la perspectiva y la proyección de los conceptos, ideas e imágenes que transmitamos a través de nuestros trabajos.

Escribir siempre es un aventura que nos lleva por caminos insospechados de conocimiento y enriquecimiento, que parten no sólo de aquello sobre lo que escribimos, sino también del propio lenguaje que utilizamos, como tesoro compartido.